

En el Maizal

Julián David Otálora Caicedo¹

julian.otalora00@gmail.com

Sobre un viejo catre carcomido por el óxido descansa una joven que ha asesinado a sus padres. Porta el viejo rifle Mauser que perteneció a su abuelo y cuenta para sí misma las balas que aún conserva: una en la recámara, tres en el cargador y cinco más en su bolsillo derecho. Su cuerpo arde por la fiebre, le falta el aliento y sus músculos están exhaustos; pero, incluso en su estado actual, acosada por aquellos que no mueren realmente, encuentra consuelo en la brisa nocturna que se cuela por la ventana. Presenta heridas en todo el cuerpo: brazos, piernas, torso, rostro, cuero cabelludo. Todos ellos cubiertos de cortes, moretones y sangre, tanto suya como de ellos. Lo mismo ocurre con el vestido que le regaló su madre. Se preguntaba cómo es que todo había resultado de esa manera cuando un chillido en la primera planta la sacó de sus pensamientos: Habían regresado.

En cuestión de horas, había perdido a su familia y, sin embargo, esta aún se empeñaba en volver. Ellos se arrastran, muerden, arañan y golpean.

Estremecen la casa con su mera presencia y contaminan el aire con el hedor que emana de sus cuerpos.

Un nuevo chillido se escuchó; con seguridad supo que provenía de la cocina. Cada vez que regresan de la muerte, los asalta un apetito voraz que los lleva a transformar sus cuerpos; ya han vaciado la despensa, aunque eso no les impide rebuscar en cada recoveco. En repetidas ocasiones pensó aprovechar ese hábito suyo para prenderle fuego a la casa, y calcinar sus cuerpos en el proceso, pero no podía hacerlo. En plena noche y sin un lugar al que huir más que un denso cultivo de maíz, ella y su hermanita serían presa fácil para cualquier bestia lo suficientemente rápida e inteligente como para escapar de las llamas. Tenía que atraparlos, cortarles las extremidades y prenderles fuego. Solo así estarían a salvo.

Los chillidos pronto se convirtieron en gruñidos y gesticulaciones propias de un animal famélico. La joven aprovechó el ruido para ponerse de pie, examinar compulsivamente el arma y, con igual

¹ (seudónimo Gabriel Carmin)

actitud, contar las balas restantes: nueve en total. Se le estaban acabando las balas y las opciones.

Un nuevo sonido: Un crujido proveniente de las escaleras que respondían al peso de un cuerpo que ascendía con lentitud. Recargó el rifle, movió el cerrojo y siguió con el arma en alto el incesante sonido hasta que alcanzó la segunda planta y se hizo el silencio. Impaciente, se quitó uno de sus zapatos y lo arrojó con fuerza en dirección al pasillo que conectaba las habitaciones de la segunda planta. No hubo reacción. Le aguardaba una trampa, sin duda, pero también se trataba de una oportunidad para incapacitar a la bestia. Avanzó y, con cada paso, pudo sentir como se le erizaba la piel. Salió de la habitación y allí, de pie frente a las escaleras, observó lo que parecían ser un par de piernas peludas, mugrientas y enfermizamente amarillas, pegadas a un cuerpo seguramente igual de largo, que caía por su propio peso escaleras abajo, y para el que no alcanzaba la vista.

Desconcertada por su apariencia, la joven no se percató del leve temblor que descendía por los miembros de la bestia, hasta que finalmente alcanzó el suelo y sacudió violentamente lo poco que aún se conservaba de su hogar, como si de una casa de muñecas se tratara. Ante la sorpresa, fue embestida contra la pared a su lado, golpeando su cabeza con el marco de la puerta, perdiendo el Mauser en el proceso.

Las paredes se retorcieron en ángulos imposibles que las hicieron añicos; numerosas partes del techo colapsaron; las escaleras se partieron por la mitad; todo tipo de objetos volaron por el aire. Incluso ella fue disparada en repetidas ocasiones hacia las paredes, el techo y el suelo del pasillo. Entonces, tras recibir más golpes de los que humanamente debería ser capaz de soportar, el azar puso el rifle de nuevo en sus manos. Con la

conciencia a punto de desvanecerse, depositó la escasa energía que aún retenía en los dedos necesarios para efectuar el disparo, pero falló. De pronto, el retumbar se detuvo y el suelo la recibió con dureza. De su cuerpo brotaba gran cantidad de sangre, y su ojo izquierdo había perdido la visión por completo; aun así, no soltó el rifle. No dejó de creer que los vencería; incluso cuando las piernas regresaron a la primera planta; incluso cuando escuchó el rechinar de la madera a su espalda; incluso cuando la tomaron por la pierna y la tragaron entera.

La falta de oxígeno, el agotamiento y las heridas amenazaron con sumirla en un profundo sueño; sin embargo, algo en su interior se negó a morir. Desesperada, agitó las manos en busca de cualquier cosa que pudiera servirle para escapar, pero no halló nada y pronto cayó dormida. Soñó con la madre y el padre que habían caído bajo su mano. Soñó con una extraña luz rojiza que tiñó el cielo al medio día. Soñó con campos de fuego y bastiones de carne, con aullidos pululantes que plagarían el mundo si se rendía en ese momento. Y, aunque se le aventuró un destino catastrófico para la humanidad, no se sintió perturbada por el. Solo cuando soñó con la hermana que abandonaría a su suerte, solo cuando comprendió que sería ella, y no otra alma, la encargada de purgar a las bestialidades que esa misma mañana les habían preparado el desayuno y besado sus frentes con ternura, se sintió horrorizada por la idea de morir. De pronto, un inesperado sonido la despertó; se trataba de la voz de su hermanita. La habían encontrado.

—¡MONA! —gritó la niña. A la joven se le aceleró el pulso. —¡SÁLVAME!

La desesperación venció a su agotamiento y la obligó a abrirse camino a través de la carne hedionda, detestable, grasienta y chorreante que se interponía entre ella y su hermana. Solo cuando sus uñas y dientes atravesaron la última capa de piel translúcida, pudo vislumbrar a través del orificio, la inconfundible figura de su hermana en el suelo. La piel cedió a su cólera y, desesperada, se abalanzó sobre la bestia pálida en forma de gusano, a quien una vez llamó padre, cerrando sus dedos como zarpas de tigre sobre su cuello. Tras varios minutos de violentos espasmos, aquella cosa finalmente murió, por quinta vez en el día.

Apoyó los pies en el suelo e inmediatamente notó que le habían roto la pierna derecha. El dolor era terrible, pero la mantenía consciente. Aún tenía trabajo que hacer; debía sacar a su hermanita de ahí; su hermana, su razón para vivir, su razón para luchar. Había muerto, estrangulada por su ahora sádica y retorcida madre, quien había arrojado su cuerpo inerte frente a ella para torturarla, e instarla a seguir luchando.

La joven gritó con todas sus fuerzas, maldijo su suerte, su vida e incluso a Dios por haber abandonado a su familia. Cegada por la ira, el odio y el dolor, descendió las escaleras como pudo, tomó el bidón de gasolina que guardaban bajo la alacena y lo vació por todo el lugar. Luego, tomó un mechero del suelo y lo sostuvo con fuerza entre sus manos.

Por primera vez en el día, por primera vez desde aquel resplandor en el cielo, se permitió sentirse como lo que era: una chica asustada. Lloró y se lamentó por lo ocurrido. Clamó por ayuda, pero nadie vino a socorrerla. Su desconsuelo provocó tal nivel de ruido que no pasaron muchos

minutos antes de que un par de piernas se presentaran frente a ella, seguidas por un torso que serpenteaba en la misma dirección. Pero no le importó; estaba agotada, furiosa, frustrada y decepcionada de sí misma. Los miembros sobrenaturalmente largos de la bestia con rostro de mujer y sonrisa extasiada la rodearon en un húmedo abrazo final.

La joven estuvo a punto de pronunciar el nombre de su madre, pero abandonó esos pensamientos. Ella había muerto esa tarde; ahora solo quedaba un cascarón. La bestia desencajó su mandíbula con una cruenta sacudida y de ella brotó una hedionda mucosidad negra. En el instante previo a que su columna vertebral fuera destrozada por la presión, Mona encendió el mechero.

La planta baja se prendió en llamas, los escombros ardieron y del interior de la casa emergió una enorme figura de carne, fuego y dolor incalculables, que cayó marchita al suelo. No pasó mucho para que las llamas alcanzaran al resto de la familia.

A la mañana siguiente, de las cenizas emergió un torso provisto únicamente de cabeza y dos brazos como muñones, que se arrastraba por el suelo en dirección al maizal. Poseía un hambre terrible, y su cuerpo, cubierto por una gruesa capa de icor, cargaba consigo un poderoso miasma que marchitaba las plantas a su paso.

Fin.